

en los brazos de Rosario y de María que habían presenciado aquella horrible escena.

El denuedo con que cargaron los perseguidores de Capistrán, hizo notable este hecho de armas al grado que un periódico dijo á los pocos días, que el supremo gobierno era lo más popular y querido que conocía, porque por todos los ámbitos de la república se veían levantarse fuerzas armadas y montadas por su cuenta para exterminar á la canalla.

Los restos de la fuerza de Capistrán formaron nueva banda á las órdenes de Don Jacobo Baca.



CAPÍTULO XII

De como la ventura del pollo, es flor de un día

EL lector, el benévolo lector, que hasta este capítulo habrá tenido la paciencia de seguir nuestro relato, ha visto á Concha desbarrancarse; y acaso juzgue por lo mal pergeñado de lo escrito hasta aquí, que el autor tiene más parte que las circunstancias en ese desbarrancamiento.

Pero, ¡léjos de nosotros tan dañada intención! y para probar que solo copiamos, hacemos en seguida algunas anotaciones.

Téngase presente que toda contravención del orden moral que rige á la sociedad y á la familia, es un camino errado, que solo conduce á la aberración y á la desgracia.

Minar por su base la sagrada institución del matrimonio es un atentado, cuyas consecuencias recaen, inexorablemente, sobre el delincuente.

La unión legítima es el único pedestal en que descansa la felicidad de la familia; ésta es una de las más severas prescripciones de la moral universal, y toda infracción es irremisiblemente funesta.

Escribimos en una época harto fecunda, por desgracia, en ejemplos de esta especie; época de abjuración, de vacilación y de duda, de cálculos y de errores.

No, Concha no podía ser feliz; porque la felicidad es un premio reserva-

do al bien obrar: las víctimas del becerro de oro no tendrán jamás bastantes lágrimas para lavar su conciencia.

«Todas las que se ponen castaña se van» decía Casilda la bizca, y en el fondo la bizca decía una gran verdad.

La pasión del lujo está engrosando cada día las filas de la crápula, y pasma el aplomo con que millares de jóvenes pobres aceptan en el mundo su papel de parias sociales, concurriendo gustosas al aislamiento de la infamia.

La mujer, en México, ya no vacila en confesar paladinamente que la aguja es el hambre, y después de ésta funesta aseveración ¡qué horrible castigo es la hermosura!

La parte menesterosa de nuestra sociedad, está pidiendo á la moral pública un socorro en su desmoronamiento.

Tiempo es ya de decirles á esos barbados, musculosos y sanos, vendedores de encajes y de chucherías, de listones y de terciopelos, de baratijas y de cigarritos: «Salid de vuestros armazones á emplear vuestras fuerzas, vuestra juventud y vuestra inteligencia en trabajos dignos del vigor varonil y de la misión del hombre y dejad vuestros mostradores para que sirvan de parapeto á la virtud de la mujer».

.....
En Concha no había perversidad, había ignorancia.

Cuando se encontró reunida con Andrea, con Lupe y con Lola, sintió en su alma el estremecimiento de su caída; se acordó de que sus amigas Clara y Ernestina ya no la habían vuelto á ver, porque se avergonzaban de ella; sus amigas, en lo de adelante, iban á ser de aquella clase.

Concha lloró: tenía vergüenza: ¿cómo retroceder? el general sabría aquello, y después?...

— Esa es mi suerte, repetía Concha despidiéndose con todo el fervor de su alma de toda dicha legítima, de todo placer puro, de algo que ella adivinaba parecido á la estimación, al respeto social; joyas soñadas y perdidas para siempre; ¡pobre Concha! ¡pobre Concha!

En medio de estas supremas amarguras, de estas íntimas decepciones, de estas insuficiencias morales se aparece por lo general, no el diablo, ni la tentación, ni ninguno de esos genios familiares; se aparece festivo, risueño, grotesco y coronado de pámpanos, el mitológico, el mismo viejísimo dios Baco, como una especie de *hombre bueno*, como un verdadero abogado de pobres; y todo esto bajo la senci-

llísima forma de un vaso de cognac, como se le apareció á Concha.

Pío Blanco se lo ofreció con la misma mano aquella de la pistola que mató á Arturo.

Concha comprendió la torva sugestión del de las viñas y bebió cognac, con esa tendencia suicida del que pretende huír de sí mismo.

De manera que al llegar á Ixtacalco Concha había encontrado un antídoto contra su vergüenza.

Andrea, Lupe y Lola acariciaron á Concha con ternura, con mucha ternura.

Había en el fondo de aquellas caricias algo de la resignación de los huérfanos que se cobijan bajo la sombra de la misma desgracia.

Los pollos estaban á cien leguas de estas intimidades fisiológicas, y reían con esa fresca desconsoladora del

pollo disipado, que no encuentra nada más allá de sus narices.

Baco y los pollos celebraban tácitamente una transacción, por medio de la cual éstos se exhibían tales como eran en cambio de un poco de aturdimiento.

Á este dios lo hemos contemplado algunas veces, con una copa en una mano y en la otra un libro en blanco.

Dándole las gracias y rehusando la copa, llenaremos algunas páginas de su libro..

Concha se enfermó.

Más adelante sabrá el lector que Concha le debió en esto á Baco un favor de padre.

Como se enfermó Concha, buscó una enfermería y entró en un jacal inmediato.

A la puerta de la tienda más inme-

diata al canal había dos caballos lujosamente ensillados.

Al verlos venía á la mente esta disyuntiva:

Estos caballos son de un rico ó de un ladrón.

En nada se les van los bártulos á los adoradores del becerro de oro, como en esto del arnés nacional.

Conocemos tendero, sin segunda camisa, que se monta sobre su capital en su caballo.

Abundan cajoneritos de esos que se están parados toda la semana, que el domingo andan sobre su patrimonio.

Estos sugetos son los mites de la riqueza, porque su lujo no es el resultado de una posición ventajosísima, sino el de una porción de economías dolorosas, por medio de las cuales se hacen acreedores á que mientras más ricos parezcan, merezcan más esta aplicación:

¡Pobres!

Hé aquí de qué manera arrancan la exclamación ¡pobres! los que finjen ser ricos.

Volvamos á los caballos:

Desde luego no eran de tendero, porque éstos no exponen fácilmente su lujo sino en el paseo.

—Serán ladrones, pensó Lupe.

—Serán hacendados, dijo Lola.

La mujer es la primera que prevé un peligro.

Andrea se levantó del asiento que ocupaba en el cenador.

Algo la preocupaba.

Se puso en acecho, á poco palideció y buscó en torno suyo una salida opuesta, como para huir.

—¿Qué buscas? le preguntó Pío Prieto.

—Andrea no contestó.

Dos enérgicas interjecciones habían

resonado en el interior de la tienda: luego allí estaban los ginetes, luego los ginetes eran ladrones.

Así discurrieron á duo Lola y Lupe, mientras que la mente de Andrea la ocupó toda este monosílabo:

¡Él!

Como evocado apareció en la puerta de la tienda uno de los ginetes.

Andrea arrojó un grito.

Al grito salió el otro ginete. ¡Era don Jacobo Baca!

Los pollos tenían que habérselas con dos gavilanes.

Los dos ginetes se dirigieron á pié al cenador.

Andrea y Pedrito quisieron huir.

No tuvieron tiempo.

—¡Bien hayan las mujeres! gritó uno de los ginetes fijando en Andrea sus ojos encendidos por el licor y por la cólera; ya me rezarías, ¡ingrata! pero

ya me ves, he resucitado. ¡Por vida de....

Y avanzando los dos pasos que le faltaban para llegar á Andrea, la asió de la muñeca, y la separó bruscamente del grupo de los pollos.

—¡Bien hayan los hijos! gritó á su vez don Jacobo, tomando de la mano á Pedrito, echándose hacia atrás su gran sombrero bordado, y sacando á su hijo del lado de los otros dos pollos.

—Este no es mi padre, pensó Pedrito.

—Dispense V., amigo, dijo Pío Prieto.

—Yo no soy amigo de nadie, dijo el bandido llevándose á Andrea.

Pío Blanco estaba á la sazón con Concha en el jacal, de donde juzgó prudente no salir.

—Oiga V., insistió Pío Prieto.

—Le voy á aconsejar, niño, dijo con voz sorda el bandido, que no me cante ni me baile, porque le va á sobrar verso y á faltar tonada. Yo soy Zeferino Dávila y ando con los hombres.

Y dejó caer una mano, como de calicanto, en el hombro de Pío Prieto, que tambaleó.

—Si tiene que sentir de mí... amo... tengo plomo conque quererlo, continuó Zeferino, buscando su revólver.

Pío Prieto dió un brinco hácia atrás y sacó su pistola de debajo del saco.

Pepe hizo lo mismo.

Hace diez años, esto hubiera parecido inverosímil, pero en la época que atravesamos, todos los pollos son de pelea.

Los Estados-Unidos se han encargado de hacer del revólver un artículo indispensable; y Colt es émulo de Lozada, pues ya no se concibe al

pollo sin reloj y sin pistola, especialmente cuando el pollo anda calave-reando.

Á esta costumbre tan generalizada debió su muerte Arturo.

Recordará el lector que el desafío fué á revólver.

Zeferino Dávila no había sacado aun su pistola, y don Jacobo ya se había alejado con Pedrito.

—No se asusten, niños, dijo Zeferino, cambiando completamente de tono. Ya está, patroncitos..... con la vénia.

Y dió media vuelta.

Pío Prieto y Pepe se quedaron en el cenador con Lola y Lupe. Estaban perplejos, pero no por esto dejaron de comprender que lo más acertado que podían hacer era conformarse con la voluntad de Zeferino y don Jacobo, porque, al fin, tenían derecho, el uno sobre Andrea, y el otro sobre Pedrito.

Poco después, Andrea en la silla del caballo de Zeferino y Pedrito á la grupa del de don Jacobo, desaparecieron del pueblo.

Concha no estaba tan enferma que no hubiera podido enterarse de lo que pasaba fuera de su enfermería, y al oír distintamente la voz de su padre, quiso levantarse para ir en su busca, pero Pío Blanco la detuvo.

Las circunstancias en que don Jacobo venía á encontrar á sus hijos no podían ser peores.

Concha se conformó con echarse á llorar.

En cuanto á Pedrito, pertenecía desde aquel momento á la guerrilla de don Jacobo.

Don Jacobo Baca se había transformado completamente, el guerrillero había sustituido ya al pusilánime, al encogido don Jacobo: no se conocía á sí mismo.

Había salido del círculo social por la puerta de la inutilidad y la ignorancia instigado por la miseria, y se encontró de la noche á la mañana en el teatro del crimen.

Don Jacobo comenzó á ser criminal por miedo; después lo fué por necesidad y al último por hábito.

